

## EL PRIMER AÑO DE LA ADMINISTRACIÓN BIDEN



### INFORME ESPECIAL

FEBRERO 2022

**Coordinación:**

**Luis María Savino, Presidente**

**Traducciones y edición:**

**M. Graciela Abarca, Coordinadora Académica**

## INTRODUCCIÓN

El 20 de enero de 2021, Joseph R. Biden se convirtió en el 46° presidente de Estados Unidos. «Este es el día de Estados Unidos, el día de la democracia, un día de esperanza, de resolución. Estados Unidos siempre ha estado a la altura del reto. Hoy celebramos el triunfo no de un candidato, sino de una causa, la causa de la democracia. La democracia ha vencido», afirmó Biden al empezar su discurso de asunción en el que esbozó los propósitos de su mandato: la reconciliación del país, en primer lugar, y después afrontar la crisis sanitaria y económica. La palabra más repetida en el discurso fue, como era previsible, “unidad”: «Tenemos que afrontar este momento como los Estados Unidos de América. Si lo hacemos unidos, no fracasaremos». Y en alusión al mundo que miraba esta ceremonia, «Vamos a liderar por el poder de nuestro ejemplo. Seremos un socio de fiar y firme», afirmó.

A un año de su llegada a la Casa Blanca, Estados Unidos continúa siendo una sólida democracia, pero las expectativas de “unidad” y reconciliación están lejos de alcanzarse, no solamente debido a las conocidas diferencias entre los partidos mayoritarios, sino como resultado de profundos desacuerdos dentro del Partido Demócrata, que han frustrado las iniciativas del ala más progresista. El primer año del Presidente Biden fue agitado y difícil: debió enfrentarse a la persistencia de la pandemia global, una inflación creciente, el controversial final de la guerra de Afganistán- la más larga de la historia de los Estados Unidos- y el bloqueo de su agenda social más amplia y de protección al derecho al voto, a pesar de haber logrado la aprobación de legislación histórica para la creación de infraestructura.

Una forma de evaluar el primer año de la administración Biden es teniendo en cuenta algunas cifras:

- ✓ Se crearon **6.4 millones de empleos** –un promedio de 537.000 por mes, comparado con los 2.1 millones del primer año de la Administración Trump.
- ✓ Cuando Biden asumió la presidencia, **el desempleo** era de **6.3 %**; para diciembre había **descendido al 3.9%**. Durante la administración Trump, el desempleo cayó de 4.7 % en enero de 2017 a 4.1 % en diciembre del mismo año.
- ✓ Los **precios al consumidor subieron un 7 %** durante 2021, el porcentaje más elevado en 40 años, en medio del colapso de las cadenas de distribución por la pandemia y la alta demanda.
- ✓ Al comienzo de su gobierno, Biden prometió que el 70 % de la población adulta habría recibido al menos una vacuna contra el COVID para el 4 de julio. Si bien hubo un retraso, alcanzó la meta el 2 de agosto. Hoy casi el **74 % de los mayores de 18 años han recibido la vacunación completa**.
- ✓ **1.7 millones de detenciones de migrantes** en la frontera sur durante el año 2021: un número récord. En 2020, fueron 458.000, una cifra baja, probablemente debido al primer año de la pandemia de COVID-19.
- ✓ Biden visitó 27 estados; 9 de los viajes fueron en respuesta a desastres naturales -huracanes, incendios, tormentas de invierno- u otras tragedias como la de Florida durante el colapso de los departamentos en Surfside. En cuanto a los viajes internacionales, realizó visitas oficiales al Reino Unido, Bélgica, Suiza, Ciudad del Vaticano e Italia.

De acuerdo a las **encuestas realizadas por la cadena CBS**, la mayoría cree que el Presidente no se ha ocupado lo suficiente de temas claves tales como **la economía y la inflación**:

- ✓ 38 % aprueba su manejo de la economía; 62 % lo desaprueban.
- ✓ Solo 3 de cada 10 aprueban su abordaje de la inflación.
- ✓ En marzo de 2021, el índice de aprobación por el manejo de la pandemia era del 67 %; actualmente es del 49 %. Según los encuestadores, el 69 % cree que en los últimos meses la información ha sido confusa.
- ✓ Interrogados acerca de cómo se sentían con respecto a la Administración Biden, 50 % dijo “frustrado”; 40 % “decepcionado”; 40 % “ansioso”; 25 % “tranquilo” y 25 % “satisfecho”.
- ✓ 67 % respondió que su opinión del desempeño del presidente mejoraría si éste lograra bajar la inflación.
- ✓ La popularidad de Biden comenzó a caer marcadamente a partir de la retirada de Afganistán, sacudiendo la confianza en la administración. Su actual aprobación del 44 % es un poco más alta que la de Trump –que era del 37 %- y un poco más baja que la de Obama, que era del 50 %.
- ✓ En cuanto a la apreciación de Biden *como persona*, tiene la aprobación del 55 % y la desaprobación del 45 %.

## **EL PRIMER AÑO DE LA ADMINISTRACIÓN BIDEN: LA MIDADA DE ANALISTAS ARGENTINOS Y ESTADOUNIDENSES**

***El CEA agradece muy especialmente a todos los destacados analistas argentinos y estadounidenses que amablemente enviaron sus contribuciones, haciendo posible la realización de este informe.***



Como todos los líderes en estos tiempos, el Presidente Biden está enfrentando desafíos graves. La pandemia le obligó a tomar decisiones económicas extremas que permitieron salvar el crecimiento, pero al mismo tiempo produjeron consecuencias indeseadas y mucha incertidumbre. También el virus ha tenido un impacto social que durará mucho tiempo y generará efectos sanitarios y psicológicos importantes, produciendo insatisfacción en una parte importante de la sociedad. Pero la democracia norteamericana demostró su resiliencia, después del crítico final de la presidencia Trump; y el Presidente Biden pudo manejar muy bien la transición.

En el campo internacional, la crisis de Afganistán afectó negativamente su imagen; y la sucesión de dificultades en Europa- con líderes débiles- ha aumentado la responsabilidad de Estados Unidos para afrontar los problemas con Rusia y China.

Los tiempos por delante no serán fáciles para Biden. Si la economía no responde a las decisiones que está tomando la FED, las elecciones serán un momento muy crítico para su gobierno (incluyendo lo que suceda en el Partido Demócrata). Tampoco pareciera que los conflictos con China y Rusia vayan a reducir su intensidad.

No esperamos cambios importantes en la relación Estados Unidos-América Latina/ Argentina. La región parece tender a una mayor estabilidad política y económica; y para nuestro país el acuerdo con el FMI es un paso importante. La relación con Argentina continuará siendo inestable, porque el Gobierno necesita del apoyo de los Estados Unidos en varios temas, pero no puede resolver sus conflictos ideológicos internos. Nosotros, en Juntos por el Cambio, seguiremos apoyando la integración de Argentina al mundo, y sobre todo las políticas que nos muestren como un país previsible.

**Eduardo Amadeo**  
**Político, economista y diplomático argentino**

Los vientos en contra durante el primer año del presidente Biden fueron fuertes e implacables. A nivel nacional, Biden enfrentó divisiones en su propio partido y una firme oposición de los republicanos que torpedearon el esfuerzo por promulgar una agenda transformadora. Después de algunos éxitos iniciales en un paquete de ayuda masiva de COVID y un proyecto de ley de infraestructura, Biden no pudo forjar una mayoría a favor de fuertes protecciones del derecho al voto o en iniciativas sobre política climática y social. Un Senado dividido en partes iguales otorgó un poder descomunal a los demócratas conservadores que se oponían a la agenda expansiva de Biden. El Partido Republicano enfrentó sus propias divisiones. Pero con un puñado de excepciones clave, permaneció en silencio y cómplice, mientras Donald Trump y sus aliados perpetraban la mentira de que Biden ganó las elecciones de 2020 solo mediante fraude.



En política exterior, Biden, el internacionalista, trató de persuadir a los aliados históricos de Estados Unidos, especialmente en Europa, de que “Estados Unidos había regresado”. Pero la precipitada y caótica retirada de Afganistán socavó la credibilidad y la estatura de Estados Unidos en el escenario mundial, por muy válido que fuera el deseo de poner fin a las “guerras eternas” de la era posterior al 11 de septiembre. La política en América Latina fue tímida, enfocada en detener la migración o contener las crisis como la de Haití. Antes de la Cumbre de las Américas de junio próximo, se espera una agenda más sustantiva y consecuente.

**Cynthia J. Arnson**  
**Directora del Programa de América Latina del Wilson Center**



La actual administración demócrata se encuentra conducida por un líder de sólida trayectoria política. Desde el primer día, su administración ha enfrentado presiones de distinta intensidad, que han probado al hombre y al político de manera simultánea. En el plano internacional, los retos que afronta Estados Unidos son el resultado de una transformación sistémica mayor, de la competencia de largo plazo de China junto con los desafíos inmediatos que plantea Rusia. Para ello decidió 1) terminar con el enfrentamiento militar más largo en la historia del país, iniciado como consecuencia del trágico ataque a las torres gemelas y sobre el que la Administración Trump ya había concretado compromisos previos; 2) continuar el reposicionamiento en el indo-pacífico, política iniciada cuando Biden era vicepresidente y, 3) trazar una línea divisoria entre los regímenes democráticos y los autocráticos. Su firmeza en la acción no estuvo exenta de brindar y aceptar diversas oportunidades a la negociación permanente.

Las presiones en el ámbito doméstico fueron igual de intensas. Abocado a recuperar el legado de F.D. Roosevelt ha logrado una ley de modernización de infraestructura al tiempo que gran parte de su agenda política se centró a tratar de superar las divisiones internas que llevaron a la invasión del Capitolio el 6 de enero de 2021.

En la agenda global busca reconstruir una narrativa de solidaridad internacional basada en la prudencia política y la responsabilidad que se debe tener como comunidad internacional en los temas de cambio climático, inclusión, derechos humanos, democracia y desarrollo. Emulando las palabras de J.F. Kennedy demanda a la comunidad de democracias sobre qué se debe y puede hacer para consolidar un orden internacional más justo.

Para América Latina en general y Argentina en particular, se ha mostrado atento a las demandas creadas por la pandemia, asistiendo a la región con insumos médicos y vacunas, que aunque insuficientes (como ha ocurrido con otras iniciativas nacionales o multilaterales), ha sido claramente un cambio de actitud y políticas respecto de la Administración anterior. Facilitó el dialogo entre los países y los organismos internacionales, y busca acompañar a la región en mantener la defensa de la democracia que tanto costó conseguir. En ese sentido, el tiempo y la preparación de la Cumbre de las Américas el presente año, a realizarse en Estados Unidos, será un desafío y una prueba fundamental para la relación Inter-Americana que desde hace un lustro no viene transitando su mejor momento. Será un desafío para todos los gobiernos: desde Canadá al Norte hasta Argentina y Chile en el Sur.

Adicionalmente, en 2022, los desafíos que enfrenta son múltiples. El sistema internacional seguirá presionando a Estados Unidos con potenciales crisis territoriales producto de la competencia geopolítica, deberá continuar con los esfuerzos para lograr el cierre de la pandemia, mantener el crecimiento económico logrado y alcanzar el mayor grado de estabilidad estratégica de cara a los conflictos estatales y no estatales que la sociedad norteamericana, la región y la situación global demandan para resolver viejas herencias del siglo XX y los nuevos desafíos que las ciudadanía actuales y los riesgos globales demandan: una democracia y un multilateralismo renovado. De cómo afronte en el plano doméstico y en la comunidad internacional dichos desafíos, dependerá el legado de su presidencia.

### **José Octavio Bordón**

**Político y académico. Exembajador argentino en Estados Unidos y Chile. Gobernador de Mendoza. Senador y Diputado Nacional. Actualmente Presidente del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI)**

Joe Biden fue elegido presidente de Estados Unidos en noviembre de 2020 con 81 millones de votos, el más alto nivel de la historia norteamericana; y 1 año después tiene un respaldo de 28% en la opinión pública, el nivel más bajo de la historia del país en el primer año de gobierno de un nuevo mandatario. A esto hay que sumarle que 72% de los norteamericanos estiman que el rumbo del país está equivocado.

En agosto del año pasado, Estados Unidos fue derrotado en la guerra de Afganistán después de una intervención que duró 18 años, y ocasionó la muerte de 18.000 soldados norteamericanos. Esta derrota frente a los talibanes culminó con la caótica retirada experimentada por el ejército estadounidense –el primero y más poderoso del mundo-, en Kabul, la Capital. Esta fue la segunda derrota experimentada por Estados Unidos en toda su historia, sólo comparable por su magnitud e importancia a la que sufrió en Vietnam en 1975. El resultado



de este acontecimiento geopolítico fundamental ha sido un hondo debilitamiento internacional de la súper potencia norteamericana, con nítidas consecuencias para el equilibrio del poder global, como han puesto de relieve de manera inequívoca lo que está ocurriendo entre Rusia y Ucrania.

Por último, a pesar de una notable recuperación de la economía de Estados Unidos en la etapa post-pandemia, que le permitió crecer 5.5% anual en 2021, el nivel de inflación trepó a 7% anual en diciembre, el nivel más elevado de los últimos 40 años, con un precio de la gasolina que aumentó 56% en el año. Esta situación política y económica tiene lugar cuando en noviembre de este año se renueva la totalidad de la Cámara de Representantes y 1/3 del Senado; y allí el Partido Demócrata gobernante tiene una mayoría de sólo 5 bancas en la primera, y una paridad absoluta (50 a 50) en el segundo, con la totalidad de las encuestas que pronostican un triunfo, incluso abrumador, del Partido Republicano.

### **Jorge Castro**

**Analista internacional. Columnista del diario Clarín. Presidente del Instituto de Planeamiento Estratégico (IPE)**



La última década ha sido muy difícil para América Latina y el Caribe (ALC), con la desaceleración económica desde 2011 y el impacto de la pandemia en 2020. La región con un 8% de la población mundial ha sufrido más del 30% de las muertes por COVID19; también ha experimentado la recesión económica más profunda entre los países en desarrollo, y se prevé que la recuperación sea lenta. Esto ha debilitado la democracia en la región y ha agravado los problemas de crimen internacional, drogas, migraciones y deterioro ambiental. Las repercusiones para los Estados Unidos también han sido negativas, especialmente en su frontera sur, creando serios problemas políticos y humanitarios para la Administración Biden.

La situación en ALC es peor que en los 1960s cuando se lanzó la Alianza para el Progreso. Aunque la historia no se puede repetir, la próxima Cumbre de las Américas ofrece la posibilidad para armar una agenda positiva, trabajando no solamente con los gobiernos, sino con las fuerzas sociales y religiosas. Especialmente las iglesias pueden tener un papel central promoviendo el diálogo en y entre los países. Un mejor uso de los Derechos Especiales de Giro, como he sugerido en otras partes, y la normalización en el liderazgo del BID serían centrales para el financiamiento de esa agenda común.

### **Eugenio Díaz-Bonilla**

**Director del Programa de América Latina y el Caribe del International Food Policy Research Institute (IFPRI)**

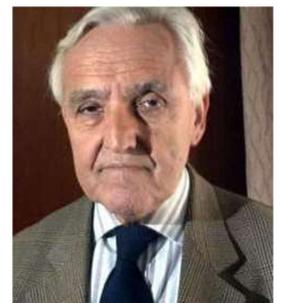
El primer año de la Administración Biden estuvo más dominado por la agenda impuesta por los hechos, que por la posibilidad del nuevo Presidente de centrarse en la propia. Aunque ésta no fue abandonada, tuvo que compartir su prioridad con las crisis y las urgencias de la pandemia en el campo social y sanitario.

El primer año de gobierno se cumplió al iniciarse el tercero de la pandemia originada en Asia. La política llevada adelante para impulsar el crecimiento económico se vio complicada por el incremento de la inflación, mientras que la retirada militar de Afganistán y la crisis entre Rusia y la OTAN, crearon un frente estratégico-militar que no era el esperado.

La promoción de los valores democráticos es el eje de la política tendiente a recuperar el liderazgo y dar un horizonte ideológico a la reconstrucción del “poder blando” estadounidense. Pero este gran desafío requerirá de Biden resultados concretos en su tarea de atenuar los conflictos culturales, sociales y económicos que hoy dividen a la sociedad estadounidense. Sin encauzar este problema, será más difícil el éxito en hacer de Estados Unidos el líder global en la promoción de los valores democráticos.

### **Rosendo Fraga**

**Analista político, periodista e historiador. Director del Centro de Estudios de Nueva Mayoría**



El primer año del Presidente 46° -Joe Biden- estuvo marcado por tres grandes problemas: 1) heredar una sociedad “agrietada” por el liderazgo de Donald Trump y la existencia de un “riñón duro” de sus seguidores que continúan afirmando el ridículo del “fraude electoral”; 2) la inflación rampante y los obstáculos parlamentarios para sancionar el paquete de ayudas federales por más de tres trillones de dólares; 3) la debilidad de la “Alianza Atlántica” con Europa, de la mano del Brexit y los duros conflictos con Rusia y China. Estos tres elementos generan un panorama de incertidumbre de cara a la elección de medio término el próximo noviembre.



Todo indica que la Presidencia de Biden es de “transición” y que el Partido Demócrata se enfrenta al desafío de plasmar una conducción capaz de enfrentar en el 2024 a Donald Trump (previsible candidato presidencial republicano para ese año).

El mundo necesita que Estados Unidos recupere un rol de liderazgo que permita equilibrarlo después de la pandemia y sometido a un bajo nivel de líderes regionales que especulan con los conflictos en el vértice superior del triángulo del poder mundial.

El populismo nacionalista, nuevamente de moda, es generador de caos e incertidumbre global. La gran nación norteamericana ha superado exitosamente otros atolladeros...tenemos confianza que, una vez más, alumbre al mundo como faro de las libertades y el progreso universal.

### **Diego Guelar**

**Diplomático. Exembajador argentino en Estados Unidos, la Unión Europea, Brasil y China**



Bajo el Presidente Biden hubo un cambio significativo en la retórica del gobierno de los Estados Unidos y las relaciones con sus aliados. Biden pudo restablecer las excelentes relaciones que existían con los países de la OTAN y otros aliados tradicionales después de cuatro años de confrontaciones y críticas lanzadas por el ex presidente Trump. Bajo Biden, Estados Unidos regresó a los acuerdos climáticos de París, terminó la presencia norteamericana en Afganistán, y comenzó a negociar tratados de libre comercio. Biden volvió a la política tradicional de Estados Unidos de defender la democracia y los derechos humanos.

En Latinoamérica, el Presidente Biden también cambió la retórica con los países del hemisferio, y se interesó en mejorar el tratamiento de los emigrantes en la frontera con México. En los últimos meses Estados Unidos lanzó una campaña importante de distribución de vacunas contra el COVID en América Latina.

En junio de este año se llevará a cabo la Cumbre de las Américas en Los Ángeles. Esta reunión presentará una oportunidad para el Presidente Biden y los Estados Unidos para ejercer su liderazgo tradicional y presentar nuevas propuestas para fortalecer la democracia, el libre comercio, el combate contra la corrupción, y la defensa del medio ambiente en nuestra región.

### **Lino Gutiérrez**

**Diplomático. Exembajador de Estados Unidos en Argentina (2003-2006). Director Ejecutivo de la Una Chapman Cox Foundation**

La elección de Biden en 2020 inmediatamente creó grandes expectativas que América Latina recuperaría alguna importancia para los cálculos de la política exterior de Washington y que el enfoque dominante y coercitivo hacia la región de la era Trump rápidamente sería reemplazado por un espíritu más amistoso y cooperativo en las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina. Incluso había un cierto optimismo de que la agenda política de los Estados Unidos en la región le daría prioridad a políticas basadas en los valores, tales como proteger y avanzar la democracia, defender los derechos humanos, promover el crecimiento y la reducción de la pobreza y fortalecer el multilateralismo.



Sin duda, ha habido progreso en varios de estos frentes. Pero las expectativas mayormente no se han cumplido. Durante el primer año de Biden en la presidencia, las relaciones de los Estados Unidos con América Latina apenas han cambiado. Sí, Biden ha eliminado algunas de las políticas más desagradables e inhumanas introducidas por Trump para frenar la migración desde la región (y la mayoría del resto del mundo), por ejemplo, poniendo fin a la separación de niños pequeños de sus padres en la frontera.

Pero la mayoría de las políticas de Trump siguen ampliamente intactas, aún aquellas que violan acuerdos internacionales tales como forzar a los que buscan asilo político a regresar a México para esperar los resultados de sus apelaciones. No es que Biden y sus asesores se opongan a actualizar la agenda de los Estados Unidos en América Latina. Por el contrario, la administración se ha visto frustrada por una variedad de factores que ha sido incapaz de controlar.

La realidad política de los Estados Unidos – incluyendo un Congreso marcadamente dividido y profundamente polarizado- ha sido un obstáculo crítico. El continuado apoyo público y legislativo a las políticas de Trump, de las duras restricciones migratorias a las severas –y mayormente contraproducentes- sanciones económicas impuestas a Venezuela y Cuba, son una dura barrera para cualquier cambio en las políticas hemisféricas de Washington. Las iniciativas políticas de Biden, tanto en política exterior como doméstica, han estado determinadas y restringidas desde el comienzo por su comprensible preocupación acerca del riesgo de perder las estrechas mayorías legislativas del Partido Demócrata en las elecciones parlamentarias de este año.

Otro fuerte obstáculo para la reconstrucción de los vínculos entre los Estados Unidos y América Latina es la considerable desconfianza de Washington en toda la región. En parte, esta desconfianza refleja el deterioro de la gobernanza democrática en los Estados Unidos, el incremento en las desigualdades económicas y sociales, la intensificación de las hostilidades entre sus ciudadanos, y su enfoque fallido en muchos desafíos de la política exterior. La confianza en los Estados Unidos ha estado disminuyendo a lo largo de los años; se desplomó durante la presidencia de Trump, y continúa siendo baja en muchos países. Los dos años de pandemia Covid le han dado a América Latina más razones para ser escéptica acerca del interés de Washington en la región y su capacidad como socio. Por ejemplo, desde el comienzo de la pandemia, Estados Unidos ha practicado una especie de “nacionalismo del Covid”. Ha hecho poco para ayudar a América Latina en la batalla contra el virus y sus mortales consecuencias. Tampoco ha intentado liderar en una estrategia hemisférica coordinada para controlar la pandemia y restaurar las debilitadas economías de la región.

Las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina hoy no tienen ancla y están a la deriva. La situación puede empeorar si la rivalidad entre Estados Unidos y China se vuelve más pública y notable. Con su importante y creciente dependencia del comercio y las finanzas chinas, las naciones latinoamericanas, comprensiblemente, no han recibido bien la presión de los Estados Unidos, ya sea de Trump o Biden, a resistir la influencia política y económica china en la región.

No sorprende que las profundamente conflictivas políticas y economías de América Latina estén frustrando la posibilidad de mejores relaciones entre la región y los Estados Unidos. Hoy, hay menos democracia, más regímenes autoritarios, recesiones económicas extremas (debido tanto a la pandemia como a varios años previos de crecimiento desalentador), más violencia y corrupción, y menos cooperación en el hemisferio que en cualquier otro momento en los últimos 30 años. Y dentro de América Latina, los esfuerzos de coordinación económica—del acuerdo de tres décadas del Mercosur al Sistema de Integración Centroamericana a la recientemente forjada Alianza del Pacífico—han logrado poco, y hoy están virtualmente paralizados. Los acuerdos políticos alguna vez anunciados, reuniendo a las naciones en diferentes grupos regionales, han colapsado. El fracaso de la cooperación económica involucra a la Organización de los Estados Americanos y al Banco de Desarrollo Interamericano, dos de las instituciones más duraderas e inclusivas del hemisferio.

Independientemente del presidente que esté en la Casa Blanca, ahora es posible que las relaciones entre Estados Unidos y las naciones de América Latina continúen enfriándose y se vuelvan más distantes en los próximos años –al menos hasta que los Estados Unidos y la mayoría de las naciones latinoamericanas tengan éxito en reparar sus maltrechos arreglos políticos y económicos en sus propios países.

**Peter Hakim**

**Analista internacional. Presidente Emérito del *Inter-American Dialogue***



En este momento de graves divisiones y reyertas partidarias en los Estados Unidos, casi todos estarían de acuerdo en que la Administración Biden es “decepcionante”. Biden heredó un rebote de crecimiento económico que, afortunadamente, se ha acelerado en su primer año como presidente. Sin embargo, fervientes demócratas están decepcionados porque todo lo que Biden tiene para mostrar de su primer año en el cargo es su legislación de estímulo económico inicial; su “ley de infraestructura bipartidaria”; y una inundación de inmigrantes ilegales cruzando la frontera sur de los Estados Unidos, que está esencialmente abierta (en medio de una pandemia global, nada más y nada menos). Están probablemente decepcionados porque la edad y la debilidad de Biden son más notables de lo esperado y porque la Vicepresidenta Kamala Harris, una mujer de color, no ha logrado convertirse en una ventaja política que las compense.

Los demócratas progresistas radicales están decepcionados porque, a pesar de su estrecha mayoría en la Cámara de Representantes y la paridad 50-50 del Senado (en el cual la Vicepresidenta rompe el empate), la testaruda oposición de uno o dos demócratas moderados ha bloqueado varias iniciativas: el proyecto de ley “Reconstruir Mejor”(“Build Back Better”) para expandir, de forma masiva, programas de aportaciones federales; su proyecto de “Ley John Lewis para el Avance del Derecho al Voto” (“John Lewis Voting Rights Advancement Bill”) a fin de derogar las leyes electorales de 50 estados y perpetuar las improvisaciones introducidas en las elecciones durante la pandemia de 2020, excluyendo ciertas protecciones contra el fraude y la manipulación electoral; sus esfuerzos para eliminar (de una manera u otra) más de 230 años de tradición de debate ilimitado del Senado y las amenazas de ampliar la Corte Suprema con una mayoría segura de obedientes partidarios. Los “progresistas” probablemente también estén decepcionados porque la Administración Biden no ha adherido a sus iniciativas para dismantelar las fuerzas policiales locales o por soltar criminales impunemente, en el contexto de una ola de crimen prácticamente nacional, que estas políticas adoptadas por varias de las más grandes ciudades estadounidenses ha provocado.

Mientras tanto, republicanos, independientes y ciudadanos promedio, no comprometidos políticamente, están decepcionados, a pesar de la disponibilidad de vacunas y terapias en el momento de su asunción: Biden ha fallado en “aplantar el virus” y poner fin a la pandemia como había prometido. Los mayores esfuerzos de su administración – diferentes intentos por hacer que la vacunación sea obligatoria - han previsiblemente provocado resistencia y, hasta el momento, todos menos uno han sido desautorizados por los tribunales estadounidenses. Estos mismos votantes están decepcionados por el súbito aumento en los precios de la energía (causado por las políticas de “energía verde” y anti hidrocarburos de Biden) y la inflación más alta en 40 años (provocada por el derroche en el gasto federal de Biden). Están decepcionados por la inusual escasez de algunos bienes de consumo y las horas irregulares de atención en los negocios, provocados por problemas en la cadena de distribución y la falta de personal, exacerbado por los pagos demasiado prolongados a “los desempleados” durante la pandemia. Están decepcionados por la humillante y caótica retirada de los Estados Unidos de Afganistán – arraigada en las decisiones arbitrarias de Biden – sacrificando dos décadas de esfuerzos y probablemente convirtiéndolo en un área de operaciones para terroristas.

Están decepcionados porque Biden, el autoproclamado “unificador” durante la asunción, el 11 de enero en Atlanta etiquetó (literalmente) como “racistas”, “segregacionistas” y “traidores” a todos aquellos que no están de acuerdo o que se oponen a la reforma de la legislación electoral federal propuesta por su partido. Están decepcionados porque Biden no ha hecho el menor intento por abordar o restringir “la cultura de la cancelación” a través de la cual sus aliados políticos de izquierda usan las redes sociales y bandas para arruinar el sustento, las reputaciones y las carreras de cualquiera que se encuentre en desacuerdo o se oponga a su agenda radical.

En resumen, todo el mundo tiene algo que lo ha decepcionado acerca de la Administración Biden.

### **G. Philip Hughes**

**Diplomático. Exembajador de los Estados Unidos en Barbados y el Caribe Oriental (1990-1993)  
Director Senior del White House Writers Group**

Últimamente, los medios y el mundo académico han expuesto las amenazas que enfrentan las democracias liberales alrededor del mundo. Con razón, ya que se observa su deterioro o retroceso por doquier, mientras avanza la autocracia en Asia, Europa y en nuestro propio hemisferio. La misma democracia estadounidense, bastión de la democracia liberal, padeció de un inaudito intento de auto-golpe por parte del expresidente Trump.



La investigación en curso en la Cámara de Representantes ha revelado recientemente planes específicos que Trump y sus acólitos tenían para cometer fraude en las elecciones de noviembre de 2020. Primero cuestionaron los resultados en más de 60 juicios en cortes estatales, federales, incluyendo la Corte Suprema –todos rechazados por falta de evidencia. Simultáneamente, Trump presionó a autoridades electorales, gobernadores y legisladores estatales del Partido Republicano (PR) de varios estados, para que no certificaran los resultados (función de cada estado en el proceso del Colegio Electoral) y hasta para que se modificaran los mismos a su favor (Georgia), en un insólito intento de fraude. Luego, para prevenir la certificación y proclamación de Joe Biden en el Congreso Nacional (Capitolio) el 6 de enero de 2021, también apretó a Senadores y Representantes de su partido y hasta a su vicepresidente, Mike Pence, que presidiría la ceremonia, para que desconociese los legítimos electores de 7 estados y aceptase electores falsos del PR. Pence ignoró su orden y certificó al nuevo presidente.

El desafortunado expresidente, por otro lado, exigió al Procurador General y al FBI que encontrasen evidencia del supuesto fraude –la cual no pudieron localizar. La conspiración para subvertir el orden electoral y constitucional tuvo su trágico componente en el brutal ataque de una turba al Capitolio. El ataque, articulado e incitado por Trump, pretendía abortar la proclamación de Biden. Más de 700 personas ya han sido enjuiciadas y varias condenadas por el hecho. El 20 de enero de 2021 Trump desalojó la Casa Blanca, sin reconocer ni saludar al nuevo presidente.

¿Qué fue lo que salvó realmente a EEUU del auto-golpe trumpista? Sin duda, el comportamiento de los verdaderos baluartes de la democracia: los incorruptibles jueces, autoridades electorales, gobernadores y legisladores estatales y nacionales, que exhibieron el profesionalismo, la convicción democrática, el respeto por las normas e instituciones y el coraje político necesario para resistir la presión y el avance autoritario y sedicioso del expresidente. El *Washington Post*, el *New York Times* y cadenas de TV como CNN y NBC también resistieron y exhibieron su narcisismo, mendacidad y abuso de poder.

Pero la amenaza persiste: Trump y compañía continúan con la Gran Mentira del fraude para justificar su conato de subversión y ahora para modificar las normas electorales y favorecer a candidatos del PR en estados pendulares como Arizona, Georgia, Michigan, Wisconsin y otros como Florida y Texas. Legislaturas estatales dominadas por el PR ya han limitado las condiciones para votar por correo o anticipadamente --lo que reduciría la participación de votantes de menos recursos (en su mayoría demócratas); también han nombrado autoridades electorales partidistas y se han otorgado nuevas facultades para certificar las elecciones. Las medidas politizan el proceso, desnivelan la competencia y violan principios de elecciones integras.

Además, un 70% del Partido Republicano todavía cree que hubo fraude y que Biden es un presidente ilegítimo. Este relato es un peligro para la democracia estadounidense: aumenta la polarización en la cultura la política y socava la confianza en el “establishment” y la democracia misma, según estudios recientes. Una democracia se debilita, cuando uno de sus partidos principales desconoce el resultado de las elecciones, la piedra angular de toda democracia; y/o cuando no respeta las reglas fundamentales del juego y se torna oposición desleal y anti-sistémica.

Existen sin embargo proyectos de ley bipartidista para fortalecer el proceso involucrado en el Colegio Electoral, como la eliminación de ambigüedades en el reconocimiento y aceptación de electores, incluyendo el papel del vicepresidente en la certificación de los mismos y de las dos Cámaras del Congreso en caso de cuestionamientos sobre la legitimidad o validez de electores certificados por los estados. Este proceso nunca debería sobreponerse o socavar la voluntad popular expresada en las urnas en cada uno de los estados de la Unión.

La incógnita ahora es si el ataque al Capitolio, la Gran Mentira y el vuelco anti-sistema del PR significan un golpe fulminante para la democracia estadounidense o son hechos coyunturales que se sobrelleva con la resistencia de los baluartes del sistema, el fortalecimiento de las reglas de juego y con la derrota electoral de las fuerzas anti-sistema. Mucho dependerá de la aprobación o no de las reformas electorales propuestas en el Congreso, así como de los resultados de las elecciones intermedias de noviembre de

2022. Ello determinará si la democracia estadounidense se renueva y fortalece o se polariza aún más y se debilita y decae --para estupor del mundo demócrata y regocijo del mundo autocrático.

La erosión de la democracia estadounidense minaría su liderazgo y su capacidad geopolítica de promover y defender los valores e intereses liberales, ante la arremetida de las fuerzas anti-democráticas y autocráticas de China y Rusia. Ello sería nefasto para el mundo democrático liberal, que cuenta con la democracia norteamericana como su bastión principal.

### **Rubén M. Perina**

**Exfuncionario de la Organización de Estados Americanos (OEA); reside en Washington, D.C. Autor del libro *The Organization of American States as the Advocate and Guardian of Democracy* (2015)**



A nivel internacional, aunque Joe Biden no ha tenido grandes éxitos diplomáticos, ha calmado a aliados sacudidos durante los cuatro años de presidencia de Donald Trump. Las negociaciones sobre el regreso de Estados Unidos e Irán al acuerdo de Viena se deslizan y las tensiones con Rusia siguen presentes y aumentan cada día. En cuanto al pivote asiático iniciado bajo la presidencia de Obama y continuado por Donald Trump, sigue estando en el centro de la diplomacia de la Administración Biden, aunque el tono utilizado con China ha evolucionado desde enero de 2021.

De este primer año en la Casa Blanca recordaremos especialmente la decisión tomada por Joe Biden de culminar la retirada total y definitiva de Estados Unidos de Afganistán, tras dos décadas de presencia que no han arrojado resultados convincentes. Fuertemente criticado por parte de los medios y desde Washington, el presidente respetó sin embargo la promesa que había hecho durante la campaña electoral. Habría sido igualmente muy criticado si no lo hubiera hecho.

Joe Biden puede celebrar el acuerdo internacional sobre la tasación del 15% de los beneficios de las multinacionales, arrancado después negociaciones con los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Biden, que no está en el origen de la propuesta, la ha apoyado cuando estaba olvidada por la oposición o falta de voluntad de sus antecesores. Este acuerdo sin embargo constituye un primer paso hacia la construcción de una estructura fiscal global más justa, y un cuestionamiento de la frecuente inercia frente a la evasión fiscal. Si tuviéramos que resumir este primer año de presidencia en pocas palabras, la expresión adecuada sería la del vaso medio lleno. En un contexto muy difícil (pandemia, estrecha mayoría en el Congreso, crisis política, implacable oposición Republicana), Joe Biden ha sabido aguantar, pero deberá mantener el ritmo en 2022, ante la probable pérdida de la mayoría en el Congreso en las elecciones de medio término en noviembre próximo.

Lo que Biden necesita hacer con urgencia en un año de elecciones es salir de la Casa Blanca y hablar más directamente a los votantes de una manera concreta y pragmática destacando cómo sus propuestas transformadoras los han beneficiado y lo harían aún más si tan solo el Senado las aprobara y alentarlos claramente para que presionen a sus representantes en el Congreso y los hagan responsables el día de las elecciones. La economía de Estados Unidos está volviendo a toda velocidad; hay empleos disponibles con mejores salarios; el desempleo es bajo. Biden debería salir más de la Casa Blanca y conectarse directamente con la gente sin depender de los medios para transmitir su mensaje.

Con el creciente número de mujeres que buscan carreras y profesiones, coordinar el mismo contacto directo con las mujeres por parte de la vicepresidenta, Kamala Harris, es imprescindible. Harris es mujer, esposa, madre, profesional de carrera, senadora, miembro de una minoría. Sus credenciales y credibilidad son supremas para relacionarse efectivamente con las mujeres. Falta este alcance directo, aunque es muy necesario para ayudar a Biden a promulgar sus propuestas transformadoras; derrotar a la oposición partidista de los republicanos y de un par de demócratas que las están saboteando para pintarlo como débil e ineficaz; y ganar en las elecciones de noviembre.

### **Emilio Viano**

**Analista internacional. Profesor del Departamento de Justicia, Derecho y Sociedad de la American University**